

# FIGARO.

## PERIÓDICO ESPECIAL.



Se publica cuatro veces al mes.—Precios de suscripción: En Burgos, real y medio; en provincias, dos reales, pago adelantado. Números sueltos diez cents.—Habana y extranjero una peseta.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Imprenta de la Sra. viuda de Villanueva, Plaza Mayor 2, y en la Lotería del Sr. Hernando, paseo del Espolon. Anuncios y preguntas á precios económicos.

Febrero 29.

REDACCION Y ADMINISTRACION; LAIN-CALVO 20, 2.º

Núm. 49.

### EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

#### TERCERA PARTE

escrita por El Bachiller Avellanado.

#### CAPÍTULO XX.

*En que refiere el buen Mauricio larga historia.*

—¡Y bien haya, señores míos, la dulce paz de estos campos, exclamó Mauricio, que no los ruidos y revolti-  
llo de las ciudades y las cortes, donde tan difícil es hallarse la tranquilidad y la independencia, dones los mas altos que puede gozar la vida humana!

—Mucho de eso veo que se os alcanza, dijo Don Quijote.

—Motivo son para ello desgracias y dolores, contestó Mauricio.

—Pues como ellos hayan humano remedio, interrumpió Sancho, cuente su merced conque topó la horma del zapato; pues presente es aquí mi señor Don Quijote, que no ha otro oficio que agravar entuertos y levantar agravios.

—Procediste ahora como todos los de tu linaje, dijo á Sancho Don Quijote, que es deshacerse en despropósitos cuando se salen de su estofa; y todo necio es osado y presuntuoso.

—Algun tropezón hube dar agora, dijo Sancho.

—Nada ciertamente digiste, respondió Don Quijote, pues no sabes lo que has dicho; mas no es tuya la culpa de tus atrevimientos y desatinos sinó de quien te dió licencia, voz y voto.

—¿Y qué cosa es entuerto? preguntó un zagal.

—Entuerto, dijo Sancho es hondo y largo asunto; pero ya entenderá harto su merced conque le diga, que vale así como encantamiento ó gatuperio; y lo mismo puede ser gigante encantador una albarda de jumento que un jaéz de caballo, y un rebaño de ovejas que un Clavileño; conque agravar un entuerto es, ni mas ni menos, sacar bonicamente al oculto gigante de sus casillas y darle su mercedo; y gigantón hay, en su verda-

dero ser tamaño como un navío, que se contiene dentro de la cáscara de un piñon menor que mediano.

—¿Qué es pues gatuperio? preguntó á Sancho Don Quijote.

—Así eso debe ser como engatada, respondió Sancho.

—Ignorante y además testarudo incorregible, como todos tus compadres, dijo Don Quijote; y es uno de los grandes trabajos el haber de oír necesidades de presuntuosos ignorantes por su loca fortuna protegidos.

—¿Pues y qué gigantes encantadores habemos entre manos? interrogó el buen Mauricio.

—Los antiguos Tuertos, Haros, Castros y Laras, exclamó Don Quijote, con nombres de pueblos y franquicias, salvos sean blasones y cuarteles.

—Basta ya de eso, dijo, el Rabadán, porque comience el recien llegado su relato, que ha de ser, á lo que se me alcanza, deleitable.

Estas palabras y el haber llegado á sazón el cochifrito que en la majada habian preparado sosegaron los ímpetus de Don Quijote que reportado exclamó.

—Non aquesto puede ser fecho de esta manera, pues jurado tengo por Dulcinea del Toboso no comer pan á manteles ni yantar bajo techado.

—¡Bravo mojon! exclamó Sancho; ¿ni qué otra cosa hay aquí que hacer ni practicar sinó quitar del banquillo la arpillera que le cubre y que se asiente en medio de este gran estrado mi señor, pues lo alto de este aposento es boca, y no merma la, de chimenea?

—Agora sí, Sancho, es tu oportuno y bien hablar, dijo Don Quijote, pues de lo que entiendes hablas y discurre; y véase aquí la gran maravilla hallada por ingenio escuderil de comer bajo techado sin techado.

—Pues habeis de saber, señores, dijo Mauricio, como en cierto pueblo, de aquí no lejano, criábase una niña llamada Rosa, y debió nacer en ella la hermosura misma, pues jamás se la halló otra igual por toda la comarca, con lo que vino á ser como el ído-

lo de la aldea. Parecia sol de estas campiñas y la alegría de estos collados; ni habia voluntad que no rindiese, ni zagal que preso no quedase en las redes de tanta su belleza; mas la suerte, que al su antojo dispone de las cosas y personas, ordenó como la niña saliese de su pueblo y tomase el camino de la Corte sin tardanza, y enviaron para ello los dineros. Todo por la orden expresa de su tia, que lejana vivia de esta tierra.

Llegó fatal el día de la partida, que fué para los aldeanos como el de su mayor desgracia. Lloraban todos á la fuerza de su hondo sentimiento, y pastor hubo que deshechos en lágrimas sus ojos, besó por espacio de días muchos las menudas huellas que la Rosa habia dejado impresas levemente en los floridos campos de mi pueblo; y aún hubo quien maldijo, á la fuerza de su dolor, de la mujer que á la niña acompañaba.

Nada he de deciros, señores míos, de la llegada á Madrid de la criatura inocente, pues ni aun élla sabria decir lo que fué de élla. La casa de su tia, la señora Marta, no hay tampoco palabras que pinten ni describan. Vivía esta mujer con un hombre todo negocios y todo holgunza á un tiempo mismo; riqueza y pobreza, amor y desprecio, privaciones y lujo, cosas, al buen juzgar, contradictorias, siendo en to la verdad harto palpables; que bien se va el ancho mar á merced de vientos, y bajel sin su precisa brújula al arbitrio y antojo de las olas. Y todo tratábase por allí con encargado misterio; ni la pobre criatura habia valor de pronunciar sola una palabra.

Diéronla de vestir con las andadas ropas de la señora Marta, de las cuales no hay asegurar que hubiesen sido hechas nuevas para la tia de la niña en día alguno, pues era ceñudo arcano, vuelvo á decir, la mansion toda, en la cual tan grande se notaba la escasez de lo necesario cuanto sobrado el lujo y aún magnificencia de salas y aposentos. Y así allí entraban y salían potentados como mercaderes del rastro, señoras cual doncellas de servicio



sin otra diferencia que las horas, en muchas de las cuales oíase continuo sonido de dineros. La señora Marta limpiábase amenudo y á escondidas las abrasadas y ardientes lágrimas de sus mejillas; pero este menester y consuelo fuese dando al olvido, que he oído decir como los lloros tambien tienen su medida, y así es secarse el corazon cual quedar yertos los ojos. Hácense entonces mudos é insensibles. Pasábanse largos dias en festines y tumultuosos conciertos cual otros sin haber algun sustento.

Y era la Rosa la vigilante de la puerta de la habitacion que habían puesto á su cuidado; ni eran pocos los desalmados que en los inocentes de la hermosa criatura fijaban téttricos sus ojos. Y hacía la niña los recados, y había de limpiar casi toda la casa, y esto habiendo de devolver, no pocas veces pocas, la miserable ropa ó ajuar que poco antes había recibido.

Pero amaneció cierto dia, despues de tiempo largo, en que la señora Marta, llamando aparte á la niña, la dijo: «Ya sabes, Rosilla, como van malos los tiempos y es el procurarse la vida mucho trabajo; mi señor marchose esta mañana á Filipinas, y de cuanto en la casa ves no nos resta ya cosa alguna. No puedes venir conmigo, como aún eres niña, mas así que yo marchare, que será dentro de media hora, puedes ir á la casilla de la señora Rita, la lavandera, que élla de tí habrá de cuidar por ser mi amiga.» Y poniendo dos reales en la blanca mano de la Rosa, bajó la señora Marta la escalera como volando.

Una lágrima cual la primera perla nacida del mas colorido y limpio nacar de la India, instantánea brotó del párpado de la niña, mas el recuerdo solo del rostro de la Marta heló la lágrima aquella al borde del ojo; y pasado breve momento titubeante, cual el anterior á la caída de la hoja de la flor del valle, buscando la criatura desvalida algun amparo, salió precipitada del aposento, llegó á la calle y dióse á correr por élla; mas á causa del mal calzado que traía, cayóse al suelo, trémula de pavor y aturdimiento. Al levantar inmediatamente, y cual la fué posible, vió al lejos como la Marta subia presta á un carruaje y cual éste desaparecia velóz cual el relámpago. Sobrevino la frialdad del desamparo, tras élla llegó la yerta indiferencia; y en vez de dirigirse la Rosa á la orilla del Manzanares, tomó el camino seguido de ancha

y larga calle hasta llegar á los jardines y pensiles que dicen del Retiro.

Y aquí es mi decir como la naturaleza há siempre abierto campo á vivas y lucientes sus emociones; el traslucido azul del inmenso cielo, el mover de los vientos y las aguas, los plumeros del verde transparente ramaje, el piar amoroso de las aves, el manso rizar y refrescante de la brisa, lejano del tumulto de las gentes, elevan al alma á ideas así plácidas cual sublimes; y no hay extrañar sinó convenir absolutamente en que sabios y grandes hombres fueron los que la deliciosa quietud de los campos admiraron y en su maternal regazo, contempladores de maravillas tales y tantas se mecieron.

Y hubo, sin duda, la Rosa de sentir alguna de esas tiernas emociones al penetrar en el bosque silencioso; y al entrar inmediatamente dentro de si misma, que es efecto primero y poderoso de la contemplacion de la maternal naturaleza, comenzaron á derramar sus ojos torrentes doloridos de inocentes y abrasadoras lágrimas.

Un jóven de distinguido aspecto, gentil figura, y profunda mirada de negros ojos y rasgados asentado estaba á la sazón sobre un banco de hierro, con un pequeño, dorado libro entre sus manos. Aquel mancebo á tal sitio había llegado por ver de llenar en él el vacío infinito de su alma; ese que todos sienten en la aurora de la vida, ese que jamás llenar se puede en este mundo, ese que creía tantos aturdir con sueños hechiceros y vanas ilusiones, y fingidos tesoros y caprichos; ese que solo sana la virtud, ese que es nuestro templo misterioso y solo por el Criador puede ser vencido, satisfecho y contentado. No es sediento de antojos ni de vicios, sinó amante purísimo del encanto benigno de amores inocentes.

—Bien veo, interrumpió Don Quijote como es el buen Mauricio entendida y competente persona en achaques de amores, pues deja á la pureza del sentimiento el cuidado de explicarlos, dado que para este caso es la cabeza toda interesada y egoísta, tanto cuanto es el sentimiento generoso. Y siempre fué y ha de ser el corazon el primero en toda empresa, por lo cual el formar y dirigir los corazones es capital y cardinal obligacion de gobernantes, y de ello darán muy estrecha cuenta. ¡Qué os valen, ó pueblos, leyes sin costumbres, ciencias sin piedades, ni artes sin virtudes! ¡Ni como hareis llegar á corazones el

miserio artificio de vuestras varias leyes, ciencias sin cimiento y veleidosas artes!

—Y yo, dijo Sancho, he de añadir, mal que les pese, como todos cuantos se dan á contar hechos de amores, estoy para mi que son grandes bellacos y gran turba de embusteros, sin que den de si sola una palabra que sea de provecho. Y si no, veamos aquí agora como cuenta el compadre las imaginaciones y llantos y lloros y pensamientos y deseos de esa niña Rosa, ni mas ni menos que si su merced viviese dentro del alma de la criatura, ó fuese su confesor que contase lo que no debiera. Y da su merced pintura á esas baratijas, y bulto á esos pensamientos, y todo lo pone á su sabor pintiparado para el caso; de lo cual es mi juzgar, á otro podenco con el hueso, y no hay mamarme el dedo.

—Esas y otras tales como esas, respondió Don Quijote, son las necesidades de ignorantes del gran tesoro de las letras, luz que ilumina y fija y determina cuales son y cuales deben ser los humanos sentimientos; y la historia de ellos forma la universal literatura á la manera que la Creacion lo manifiesta. Y así la Providencia dió una Primavera en cada año, esmalte á los cielos y los mares, alternativa grata al curso de los tiempos y belleza sin tasa á cuanto existe; pues no se hubo de contentar con producirnos frutos bastantes de la tierra, sinó que los adornó de sus colores y con aromas los procuró mas agradables, y al día regaló el magnífico preliminar de la rosada aurora, al calor del estío el bonancible séquito de las risueñas brisas, al manto de la noche el portentoso tachonado de las estrellas, ya en grupos pequeños reunidas, ya en escuadron incalculable caminantes al Septentrión de la rodante esfera; y al mundo de los hombres en su piedad hubo de enviar á los poetas, que son, y no hay poder dudarlo por todo el que su sano corazon tuviere, la bella humanidad, toda gloria y regocijo.

—Pues, ha de saber su merced, prosiguió Mauricio, como muchos jóvenes de los presentes dias son cual verde fruto madurado por fuerza en la habitacion de su ansioso é ineficaz entendimiento; pues hay niño filósofo y gentil ya entendedor de todo arcano y misterio y juez de toda sazón y todo asunto; y no se yo si de estos tales era aquel llamado Arturo que leía su novela asentado en el solitario banco del Buen Retiro.



Pues él hubo de levantar los ojos del libro que había entre sus manos y dió con los llorosos ojos de la angustia la niña, que al ver al jóven dejáronse caer sobre una flor altiva del pensil, la cual debió envidiosa languidecer para no volver á alzarse de aquel césped. Los pies fatigados de la Rosa ya no se resolvieron á moverse de aquel sitio; el corazón la latía violento; el sorprendido y extasia lo jóven suspendió su lectura pues la dama de la novela que leía había alcanzado su realidad en aquel instante y la inopinada aparición era maravilla misteriosa.

Arturo soñaba siempre sus locuras de amores; libre su imaginación y sentimiento, cual corcél fogoso de la Arabia, no había comprendido aun como el ardor de la pasión no puede haber mas amparo ni crecimiento ni término que el sublime de las virtudes; y sin mas miramiento cayó en las doradas cuanto penosas, fugitivas redes, de sus sentidos. Acercóse á la niña dulcemente; ella no supo ni imaginar siquiera el abismo que á entrambos separaba. Hablaba Arturo el lenguaje de su poética pasión, Rosa los tímidos encantos de la inocencia. El prometía milagros de su amor, la bella criatura miraba al enloquecido amante con tanta simpatía cual recelo, luego con espanto y al fin con miedo y terror desconocidos. Casi llegó á divisar el rostro de la Marta.

No mucho mas tarde asentaban entrambos en un banco mismo; él embelesado en la hermosura de la niña; Rosa observando atentamente los dorados anillos de la cadena del reloj. Arturo mirando á Rosa sonrió ligeramente; mirando Rosa á Arturo medrosamente al cabo hubo de sonreír con sus lágrimas y todo. Pasado que fué un cuarto de hora, salieron Arturo y Rosa de los jardines para subir una de las mas dilatadas calles de la corte; en una grande casa buscaronse aposento, y subieron á una habitación no por lo hábilmente escondida menos aparatamente lujosa.

Llamó de cierto modo Arturo á la puerta, y la grande hoja de luciente madera abrióse con lentitud, girando precavida sobre los dorados goznes. Entonces dejose ver, no muy claramente, la estampa de una mujer entrada en años, mas bien portada, inteligente y vigorosa. Reír intentó aquel su rostro pálido, mas solo logró dar de sí gesto duro cual desabrido. Ni hay tal difícil cosa ni meritoria tal como la risa.

Era la señora Sebastiana madre de dos jóvenes hijas, huérfanas de padre; mostraban las dos su hermosura mucha cual recuerdo de la mente, y eran fingidos harto sus semblantes actuales por sobrepuestos. Si estimárase el lujo por los sacrificios á él en todo el orbe dedica los ídolo encontrarse no pudiera mas potente y servido; y es que arrebatada al mundo la imagen de la verdad no van los ojos de las gentes mas allá del parecer de su persona.

En toda realidad la señora Sebastiana no había poder á olvidar su juventud y antigua riqueza, ni aquellos altos tratos de su esposo, ni aquel su figurar en grandes concursos de gentes, ni los modos de su casa, ni el servicio de su mesa, ni el número desmedido de sus criados, ni el tropel de sus varias diversiones; bien que cuando el hombre cual la mujer por sola su estampa valen y se aprecian no es espanto que unas cual otros den en estirarse de puntillas.

Dedicose, pues, la señora á continuas cuanto profundas meditaciones, continuó la pendiente de sus necesidades porque mirando cierto día el rostro de sus hijas rióse la necesidad diabólicamente; y vino á relacionarse con opulentos y encumbrados personajes, dueños alternativamente de la incesante é imbecil rueda que mueve la fortuna, y disponen de los negocios que mas al orbe importan. Y así es mandar los siervos con nombres de señores.

Habló Arturo un momento á la señora, que se manifestó toda llena de sus escrúpulos de buena conciencia sin remedio, y solo por complaciente y bienhechora bajó como á remolque cierta interior escalera, al final de la cual y de cierto pasadizo ofreció un saloncillo y gabinete al jóven suplicante. Allí quedó la niña por lo pronto alojada, y asentose en un sillón al sonido acre y alternado de las palabras de la señora y de Arturo que deshacíanse en el pasadizo en sus tratos y explicaciones. Poco tiempo despues el jóven, obligado por exigencias de sus deberes, despidiose de los encantos de su amada.

—Agora es el traer aquí, interrumpió Sancho, la tropa de la gente descreída porque diga de una vez si hay poder juzgar como sea este mundo el verdadero mundo de la vida habiendo en él gentes que tal hagan cual lo dice el buen Mauricio, y no se hunde la tierra á cada momento donde cosas tales pasan y acontecen. Y vayámo-

nos, Señor Don Quijote camino de Atapuerca y dejemos andantes Caballerías.

—Si que es grande la ira de los tiempos, exclamó Don Quijote, y no hay poder ir mas allá los atrevimientos; y aquí es mi averiguar porque en antiguas edades tantos y tales fueron de vicios y de impiedades los castigos.

Fué la primera ocupación de la Señora Sebastiana comparar la belleza y hermosura de sus hijas con las de la Rosa, y como saliese mal parada, determinó obrar cual lo exigían sus circunstancias, y en la primera oportuna dijo al señorito Arturo estas palabras.

—Ya sabe el buen jóven cuanto he hecho por él, que todavía mentira me parece como me pude ir tan allá en extraordinarios sacrificios. Ni aun por el Excelencia, que bien conoce el señorito, pudiera llegarse á tanto. ¡Pues no digo nada de la rapaza y llora todavía! Y todo es en este mundo ingratitudes. ¡Ay, y cuantas no se dieran con un canto en los pechos! Por lo cual, y por buen consejo conveniente, que debo dar al jóven, como hoy están tan pervertidas las costumbres y echados todos á perder los muchachos que no hay quien pueda ya vivir en estos tiempos, debe el señorito dejarse de tonterías y sacrificios y echar inmediatamente por otro lado. Y además, que antojos cuestan un ojo de la cara. No es tal, por cierto, lo que le conviene al jovenzuelo; y una debe portarse con estos chicos como una madre. Conque mírese en mi ejemplo y haga como es menester; y si no, véase en el espejo de mis hijitas, que aún no saben levantar sus ojos del suelo. ¡Y si las viese ahora su padre! ¡Y como se criaron en la su cuna! ¡Huérfanas desventuradas! Y comenzó á llorar perdidamente, y se hincharon de tal suerte aquellos ojos que mirarlos causaba espanto.

—¡Adios! exclamó Sancho; llorami-cos tenemos y suspiricos! ¡mala peste para los tales adminículos! ¡y á mi con esas! Pues doy al diablo toda lágrima de mujer taimada y parlara, que es como plaga de langosta. Apuesto ya á que el señorito Arturo dá por esos suelos, y la señora Sebastiana se sale con la suya, y lo lleva todo el mismo diablo; y el paraguas del infierno es la hipocresía; y sabedlo coles, que espinacas hay en la olla; y quien tiempo tiene y tiempo pierde con el tiempo se arrepiente; y cuanto á mano cuanto daño.

—Concluyó al fin la señora Sebas-



tiana, continuó Mauricio, conque no era dado proseguir como hasta allí en lo del pupilaje.

—Eso sí, interrumpió Sancho, deneguecicos y pedigüeños y enredos y melindre; y sacára el señorito siquiera un doblon de á ocho y viera maravillas; y mal le va de ojo al que no ve por tela de cedazo; y marido, lleva la artesa y yo el cedazo que pesa como el diablo.

—Y así lo hizo el señorito cual lo propone su merced, dijo Mauricio; y fuese la señora Sebastiana en seguida á buscar unos bizcochos, por mostrarse en alguna manera agradecida, los cuales presentara en bandeja con aromático vino de Jerez al joven Arturo.

—¡Míren y si bajo mala capa hay buen bebedor, exclamó Sancho, y si voluntad es vida; y si el can de buena raza si hoy no caza mañana caza!

—Basta, por Dios santo, gritó Don Quijote, que ya estoy indigesto de necedades y entrometimientos del muy truhán y redomado y atrevido.

—Y como tardase harto la señora Sebastiana, continuó Mauricio, en volver de su recado, que debía ser proporcionado á las circunstancias y la clase y la fineza de la persona á la cual le dedicaban, acostóse el señorito Arturo en el mullido lecho de seda de un gran escaño, que tal parecía la cómoda postura que para su satisfacción había tomado; y oyó cercano hablar de estas graves palabras:

—Puede bien su excelencia recordar como cuanto habíase tratado respecto de toda nacion esta ya sobradamente practicado; ni hay cuestion que seriamente pueda ya ser causa razonable de mas trascendentales procedimientos.

—Distinguióse siempre el caballero Beltrán, replicaba otra voz, por su natural y clara manera de ver todo suceso, verdaderamente digno de alabanza.

—Y á fé, exclamaba otro gran señor, como toda transaccion y la tranquilidad son imposibles.

—Partir es fuerza de eso, decia otro señor notable; y tal así está escrito tiempo há en la conciencia de todos.

—Aun resta, empero, algun recurso, añadía un otro dignatario; y por expresarme prontamente, diré ser necesario un polemista.

—Siempre el talento se impuso, exclamó el excelencia, mas es demasiado escaso y exigente.

—Cuestion de nombres ésta es, y concluyamos, interrumpió un caba-

llero de alto rango. Lo mismo élla ha de ser en poder de otro cualquiera; y viniere quien viniere.

—Del modo como estuviere constituida la propiedad depende todo pueblo; y ved aquí todo el secreto: propiedad individual vale así como absoluto desolador individualismo.

—Añadid la necesidad imperiosa de unir á la aristocracia la ilustrada inteligencia, que es lo primero.

—Lo primero fué y será moralizar á todo el mundo, que es la salvacion de todo estado, dejando los rodeos.

Acercose Arturo pausada y sutilmente al ojo de la llave de la puerta de la sala dó la conversacion tal se tenia, y vió cual el estrado era lujoso y de muy gran espacio y pompa y boato. Un grande piano habia en el un lado adornado de ricos candelabros; pendian del dorado y luciente techo opulentas arañas; los cristales y bronceos corleá los; espejos y pinturas llenaban por dó quiera y á porfia el aposento, y en el comedio aparecia espléndida mesa, cubierta de manjares y bebidas, y flores apropiadas, peces de oro y nacar en transparentes ampollas encerrados. Una joven hermosa deshojaba una flor entre sus manos; otra atenta hojeaba y aplaudia las esmaltadas páginas de un libro.

Sintió entonces Arturo pasos inmediatos, y fuese apresurado á abrir la puerta de su estancia al tiempo mismo en que llegaba la señora Sebastiana con su doble y dulce servicio de vino y de bizcocho. Y apesar de las injurias de los años, aún, decia ella, que bien se la alcanzaba la buena y delicada atencion para el servicio que se merecen cumplidos y limpios caballeros. Y aun ensayó un movimiento de su cuerpo tal necio cual grotesco.

—Larga hubisteis la enseñanza de tiempos y sucesos, exclamó admirado Don Quijote.

—No os sirva todo esto de sorpresa, respondió el buen Mauricio; pues saber debeis que hay orden que el modo determina como el buen soldado raso ha de ser educado y enseñado; y ella es tal y continua que los años del servicio en defensa de la patria se truecan en bien del individuo y honra de los pueblos. Ni hay rato de ocio que no sea empleado cual conviene; y á los mas aventajados de nosotros dan especial empleo, que es enseñar á los que son mas ignorantes, del cual pasan á la asistencia de los jefes, quienes con su escogido trato y cortesía, respeto y modelo, son á la vez

maestro incomparable. Que ya es bien sabido y probado como la ignorancia jamás vence, ni hago valor cual el que entiende y conoce sus cargos y deberes.

—Mala la hubiste, Sancho, en esta majada, exclamó Don Quijote, pues ves aquí lo que han de ser los escuderos.

—Si que tambien leyes hay para andantes antiguos caballeros de aventuras, replicó Sancho, y no todos los dias el hallar maletas en despoblados pues no hay un amante Cardenio en cada sierra.

—Ya te entiendo, dijo Don Quijote, que es lo mismo que conocer la menzura y atrevimiento de tu ignorancia. ¿Dónde viste penitentes asalariados? ¿dónde morales sacrificios á peso de dineros? Por lo cual, y por no ser de otra suerte posible en manera alguna, has de distinguir como es debido deberes de especiales vocaciones y el que de su deber cumple es hombre honrado. Lo cual no obsta á la andante Caballería que es monástica Orden sin clausura; mas á ella no hay obligar á todo vicho viviente.

—Bien está todo eso, dijo el Rabadán, mas es llegada la hora, y aquí es el procurar el necesario descanso.

Señalaron escogido lecho á Don Quijote, y comenzaron pastores y zagales la oracion humilde de la noche, que era cuadro delicioso cual imponente. Partieron á ocupar su sitio designado los encargados de explarados las redes y alrededores; diéron su menester á los incesantes mastines y quedó la montaña toda en silencio. Que es de ver el nocturno cielo desde los altos montes, y á la Luna nacarando los acostados campos; resbalar los encendidos metéoros por la atmósfera, centelleár los cuerpos luminosos en el inmenso ámbito azulado de la celeste esfera, adornada de innumerables astros; y cual rodando magestuosa va la tierra, y cual al su revolver cambiando va su ondulante joyería todo el empíreo espacio.

Es ciertamente extraño que no haya pensado esta Ciudad en establecer un tranvia, que partiendo de la Estacion del ferrocarril, pase por las calles principales. Ya no bastan al tráfico continuo las incesantes composturas de la carretera de Valladolid, ni todo el ingenio de los encargados por ser el propósito imposible. Nuestro pensamiento es por demás productivo y beneficioso; veremos si se consigue que le practiquen sin demora.

Imp. de la viuda de Villanueva.